

DISCURSO DE APERTURA DEL CURSO 2020–2021

PRONUNCIADO EL DÍA 2 DE OCTUBRE DE 2020

POR EL ACADÉMICO NUMERARIO

EXCMO. SR. D.

ISMAEL YEBRA SOTILLO

EL EJERCICIO DE LA MEDICINA COMO FUENTE DE INSPIRACIÓN LITERARIA

Por ISMAEL YEBRA SOTILLO

Hay una pregunta que algunos periodistas suelen hacer cuando entrevistan a un escritor, sobre todo cuando éste último procede de un ámbito aparentemente ajeno a la Literatura: ¿El escritor nace, o se hace? Esto nunca se le plantea a quien haya estudiado Filología, Historia o Filosofía, por poner algunos ejemplos. Parece que el cultivo de estas disciplinas lleva aparejado el ejercicio de escribir y que todo aquél que proceda de otros mundos, como el científico o el trabajo manual, al menos en principio, está predestinado a no formar parte de aquello que se llamó durante los siglos XVII y XVIII la República de las Letras.

¿El escritor, nace o se hace? ¿Es posible dar respuesta a esta pregunta de forma clara y contundente? Como tantas veces ocurre, no existe una respuesta unánime ni fácil. Para esa tópica pregunta, existe una respuesta igualmente tópica: el escritor nace y se hace. Y disculpen lo previsible de la respuesta, pero no por ello deja de ser cierta. La necesidad de expresarse mediante la escritura aparece en algunas personas de la misma forma que en otras sucede con la música o la pintura. Existen personas capaces de tocar un instrumento de oído, en tanto otros son incapaces de hacerlo por muchas clases de música que reciban. Igualmente, no basta con apuntarse a un taller literario para ser escritor. Las

clases, los talleres pueden en todo caso mejorar unas condiciones innatas, pero éstas son las fundamentales. Todo depende de una posible base constitucional reforzada por el entorno familiar; pero de sentir la necesidad a saber expresarla y convertir la palabra en literatura hay un largo trayecto. Y ese camino hay que andarlo.

Un escritor que nace, está por pulir, debe hacerse, y solo la buena orientación y el trabajo consiguen que llegue a serlo realmente. Nada más cierto que aquello que siempre hemos oído de que las musas vienen de tarde en tarde, pero cuando llegan se ha de estar con el lápiz en la mano. Y como no venimos de la nada, las lecturas son fundamentales para un escritor que se precie; somos herederos de una tradición a la que hay que reconocer, pues pensamos, hablamos y escribimos en un lenguaje que se nos ha dado hecho y se mantiene en continua evolución.

Sobre el arte de escribir se ha dicho y escrito mucho, y no es el momento de recoger una antología de frases ingeniosas que determinados autores célebres hayan expresado a lo largo de la Historia. Si Unamuno dijo que la mano escribe tal como piensa la mente, Cernuda llegaba un poco más allá y matizaba que en tanto Unamuno utilizaba las palabras para sus poemas por su significado, él las escogía por su musicalidad. Unos han escrito en un estilo que casi raya en la oralidad, como Pla o Delibes, otros han optado por una prosa llena de barroquismo como Alfonso Grosso en su *Florido Mayo*, o han recurrido a la imaginación, como García Márquez, o a un mundo irreal y absurdo como en las novelas de Kafka, o la metáfora presente en el escribiente Bartleby de Herman Melville (hay quien dice que Bartleby es el pueblo americano y otros que es una metáfora de la resistencia pasiva o de la frustración del ser humano en la sociedad de la época).

Cada escritor tiene su mundo, su propio mundo, un espacio por él creado o en el que vive o ha vivido. El autor se crea un universo literario que puede ser real, como la Castilla de Delibes, el Ampurdán de Josep Pla, la Galicia de Álvaro Cunqueiro, el Levante de Gabriel Miró o la Andalucía de Valera, y que no necesariamente tiene por qué ser su arcadia. Otras veces el escritor construye un espacio inventado, aunque sobre una base real, como son el Macondo de García Márquez, la Argónida de Caballero Bonald o la Etruria de Julio Manuel de la Rosa.

El escenario ya está. Solo falta la trama, la acción. Y llegado a este punto, estoy de acuerdo con José María Vaz de Soto, a quien recuerdo leer en una entrevista periodística que solamente existe un tema literario: el hombre y su posición en el mundo. ¿Por qué se escribe, para qué se fabula, si no para justificar y explicar la existencia humana y el papel del hombre en el universo o, siendo más modesto, en su propio entorno?

Ningún colectivo tiene, por tanto, la exclusiva para llevar adelante una obra literaria. Estoy convencido de que la riqueza intelectual de esta Real Academia se basa, en gran parte, en la variedad de saberes representados en ella. Entre mis compañeros académicos hay historiadores, lingüistas, periodistas, sociólogos, filólogos, juristas, filósofos, poetas, novelistas, críticos literarios, profesores de Historia del Arte, defensores del patrimonio, arqueólogos y quien les habla, médico-dermatólogo, aficionado a escribir.

El universo literario de cada escritor está en su medio, en el ambiente en el que vive y ha vivido, y sobre todo en su experiencia y en la memoria. Nada hay más ridículo que escribir sobre lo que no se conoce. Y volvemos a la dicotomía de nace o se hace. Un buen escritor, aunque sea un viajero ocasional, dejará magníficas páginas escritas sobre una ciudad, como es el caso de algunos viajeros románticos por Andalucía que redactaron páginas excelentes al observar, con ojos foráneos, lo que los autóctonos no supieron ver. O bien hará el ridículo si no ha sido capaz de llegar a entender el mundo sobre el que escribe, como he leído a un escritor actual de pluma ágil y brillante, de cuyo nombre prefiero no acordarme, al describir una Sevilla llena de tópicos, tan falsa y previsible como la referida por Cela en su Primer Viaje Andaluz y de cuyo relato únicamente se salva su encuentro con Romero Murube al visitar el Alcázar. El fino y frío Joaquín, deja en evidencia al viajero cuando ve llegada la hora de la siesta.

Y llegados a este punto, queda justificado el título de este discurso de apertura del curso académico 2020-2021, que he titulado “El ejercicio de la Medicina como fuente de inspiración literaria”. Son muchos los que me han dicho, al conocer mi pertenencia a esta Real Academia, que soy un representante de la figura del médico escritor, tan frecuente en la Historia de la Lite-

ratura, así como en la nómina de académicos de esta institución. Yo les contesto que sí, que efectivamente son muchos los médicos que figuran en la Historia de la Literatura, pero como también lo son de otras profesiones.

Cernuda y Pedro Garfias, sin ir más lejos, estudiaron Derecho en la Universidad de Sevilla, al igual que Alberto García Ulecia, ese gran poeta de Morón, o el mismísimo Franz Kafka que tras pasar por las Facultades de Química, Historia del Arte y Filología Alemana, acabó licenciándose en Derecho en la Universidad de Praga, para trabajar luego como empleado en una compañía italiana de accidentes laborales. Juan Benet era ingeniero de caminos, Miguel Delibes, licenciado en Comercio, Fernando Villalón, agricultor y ganadero de reses bravas, Manuel Altolaguirre, impresor. Aunque la palma se la lleva Ignacio Sánchez-Mejías, hijo de médico por cierto, que tenía engañado a su padre de que había iniciado los estudios de Medicina, cuando no había terminado ni siquiera el bachillerato en mi colegio de los Escolapios de Ponce de León en Sevilla. Sánchez-Mejías fue torero, aviador, actor, jugador de polo, presidente del Real Betis Balompié, periodista, autor teatral y anfitrión en su cortijo de Pino Montano de la reunión que dio nombre a la Generación del 27.

Y así podríamos seguir una interminable lista que deja bien claro que, afortunadamente, no existe el título oficial de escritor, sino que el hecho de escribir, publicar un libro o figurar como columnista en un periódico es algo que puede hacerlo cualquier persona con la única condición de que tenga algo que decir, que sepa expresarlo y, sobre todo en los tiempos que corren, que se lo permitan. Y digo afortunadamente, porque al ser un foro abierto se gana en variedad y riqueza en beneficio tanto de los que escriben como de los que leen y que sean estos últimos, los lectores, los que tengan la última palabra, en esa especie de rueda abierto, por no decir jaula de grillos, en el que se ha convertido el mundillo periodístico y literario.

Sentarse a escribir puede ser considerado como una necesidad, como una forma de expresión por medio de la cual una persona siente la obligación y la satisfacción de comunicarse con otros. Plumas tan autorizadas como la de Juan Ramón Jiménez,

ven otra justificación en el hecho de que alguien que desempeñe otra profesión, se vea impulsado a escribir. Durante su estancia en Moguer entre 1906-1911, escribió una pequeña prosa titulada “El telegrafista”, que nos da su visión de esa doble personalidad que se puede aplicar en este caso al médico-escritor:

En mi pueblo, como en toda Andalucía, como en toda España,..., nadie tiene una verdadera afición a su carrera o a su oficio. El sastre toca el acordeón, el médico hace jaulas, rinconeras, una carpintería florida y lamentable; el abogado compone relojes, el ingeniero organiza fiestas religiosas y procesiones de carnavales celestes; el notario da recetas a sus amigos... La obligación se cumple de cualquier modo, de prisa, con mal humor, suspirando por horas libres para hacer todo lo que no sea lo debido.

Es decir, que si seguimos al pie de la letra el texto de Juan Ramón, nuestro Vicedirector el ilustre notario D. Pablo Gutiérrez-Alviz, debería pasar consulta y prescribir medicamentos, al tiempo que mi labor preferida como médico debería ser la de fabricar jaulas y estanterías rinconeras.

Pero dejemos las cosas como están y volvamos al tema que nos ocupa. Mi presencia en esta tribuna no es ninguna novedad. Un médico en Buenas Letras no es nada nuevo. En esta casa han ocupado sillones académicos ilustres médicos que han destacado en el ejercicio de las Letras. A mi derecha está el retrato de D. Ramón de la Sota y Lastra, catedrático de Cirugía de la Facultad de Medicina de Sevilla al restablecerse los estudios en nuestra ciudad tras su supresión durante el denominado Sexenio Revolucionario. Don Ramón, como era conocido en Sevilla, fue el primer médico que se dedicó en nuestra ciudad al ejercicio y la docencia de la Dermatología y dirigió esta Real Academia desde 1894 a 1903. Por citar solo los más recientes, recordaré a D. Antonio Hermosilla y a mis profesores D. Gabriel Sánchez de la Cuesta, D. Sebastián García Díaz y D. Juan Ramón Zaragoza Rubira, Premio Nadal de Novela en 1980 y a quien he tenido el honor de sustituir en esta academia.

¿Qué aporta a un escritor el hecho de ser médico? ¿Se es médico-escritor o escritor-médico? ¿Qué diferencia a un escritor

médico del que no lo es? ¿Qué le aporta a un médico a la hora de ejercer la Medicina el hecho de que sea escritor? ¿Cómo y por qué ha influido en la Historia de la Literatura la presencia de médicos escritores? Surgen también otras preguntas más prácticas y no por ello menos interesantes que todos ustedes podrían hacerme: ¿Qué nos interesa el tema a los académicos y al resto de los presentes? ¿No es esta una cuestión que no va más allá de la curiosidad y que solo podría interesar a aquellos que se dedican al ejercicio de la Medicina? Son preguntas a las que intentaré dar una respuesta creíble a lo largo de esta disertación.

Y empezaré por esta última. En mi opinión el tema del humanismo médico nos interesa a todos y no solamente a los médicos, por la sencilla razón de que médicos somos algunos, pero enfermos lo somos todos y el que no lo sea actualmente, lo será con el paso del tiempo. Hay quien llega al extremo de afirmar que las personas sanas son enfermos sin diagnosticar, lo cual podría ser considerado una *boutade* más, a las que tan acostumbrado nos tenía Camilo José Cela. Mucho más allá fue Marco Aurelio al afirmar que “solo somos un alma que lleva un cadáver a cuestas”.

El deterioro de la relación médico-paciente, establecida desde tiempos hipocráticos, está llegando a unos niveles que ponen en peligro la dignidad de las personas como pacientes y la del médico como profesional. Y lo dice quien ha estado cuatro décadas como médico y ahora le toca sentarse al otro de la mesa como paciente. Nunca más que ahora se echa en falta la humanidad en la asistencia médica. Permítanme que les recomiende la lectura de la pequeña obra *Sendino se muere*, de Pablo D’Ors, en la que se narran los dos últimos meses de vida de una médico ingresada como enferma de cáncer terminal en el propio hospital en el que trabajaba. Fue una triste experiencia que da mucho que pensar.

Las pruebas complementarias, la rutina y el exceso de tecnología han hecho mella en el acto médico y están dando lugar a una gran insatisfacción por ambas partes. En demasiadas ocasiones, ni el médico está satisfecho con el desempeño de su profesión, ni el paciente con el trato recibido. Solía repetir mi maestro en la especialidad, que era necesario formar bien a los alumnos de Medicina porque, andando el tiempo, serán nuestros médicos. Y si la Medicina es una ciencia Humana, como suele

decirse la más científica de las Humanidades y la más humana de las Ciencias, son ahora más necesarios que nunca médicos con formación humanística, como camino para ser más humanos y humanizar así el ejercicio de la ciencia médica.

Al nombrar las palabras médico y escritor, ineludiblemente, me viene a la cabeza el término vocación. Sí, repito: vocación. Una palabra que parece obsoleta en un mundo deshumanizado en el que prima la utilidad, la inmediatez y el beneficio material. Desde mis años de estudiante de Medicina oí a mis profesores dos frases que se me quedaron grabadas y han marcado mi ejercicio profesional: una, que no existen enfermedades, sino enfermos; y otra, que el médico debe curar, si no es posible, aliviar y si no consolar.

Ambas máximas, tengo la sensación de que están olvidadas y resultan obsoletas. Explicárselas a los estudiantes de Medicina actualmente, obsesionados con el examen MIR y formados para acertar preguntas como si fuese una quiniela o una lotería primitiva, les dejaría confundidos al no poder ser respondidas mediante una opción tipo test. En los tiempos que corren, que podríamos llamar como la dictadura de los protocolos, hablar de casos particulares o nombrar la palabra consolar, parecen un despropósito. ¿Pretender que entre la labor del médico se incluya la de consolar al enfermo? ¿Para eso, me dijeron en cierta ocasión, están los curas y la familia!

Cuando un médico escribe, ama la música y el arte, se humaniza; y estoy convencido de que está en el camino para ser mejor médico. La Medicina se puede beneficiar del ejercicio de la Literatura, de la misma forma que la Literatura se puede beneficiar del ejercicio de la Medicina. Hay médicos que escriben sin dejar nunca de ser médicos, ejerciendo la Medicina en mayor o menor grado, como fueron los casos de Anton Chèjov, Miguel Torga, Mijail Bulgakov o Gregorio Marañón. Pero hay otros que fueron escritores y jamás ejercieron la Medicina, aunque fueran licenciados o doctores en ella, como fue el caso de Somerseth Maugham, autor de novelas de éxito como *El filo de la navaja*. En este autor, el hecho de ser médico fue una simple anécdota, por no llamarle un error de juventud.

Otros, como Pío Baroja, ejercieron la Medicina, pero solo unos meses. Cuando Don Pío fue destinado como médico rural a

Cestona, se dio cuenta de que aquello no era lo suyo. Prefirió irse a Madrid a trabajar en la panadería de una tía-abuela suya, con tal de sentirse cerca del mundillo literario, en lugar de ejercer de médico en un apartado valle guipuzcoano que, actualmente, no llega a cuatro mil habitantes. Pero como hemos defendido anteriormente, el escritor nace y se hace, y ya se veía venir la tendencia literaria en Baroja cuando eligió como tema para su tesis doctoral *El dolor: estudio de psicofísica*, presentada en 1896. ¿Hay un tema médico que se preste más al ejercicio literario que el dolor?

Baroja hubiese sido un buen médico, seguro, pero en su caso pudo más su espíritu apocado y hasta cierto punto bohemio. Fue honrado dejándolo, al comprobar que le faltaba la energía necesaria para ejercer la Medicina en una sociedad que mostraba demasiadas carencias en aquellos momentos. Pero no todo quedó en el olvido como fácilmente se puede comprobar al leer las andanzas del doctor Andrés Hurtado en *El árbol de la ciencia*.

Otro caso evidente en el cual se pone de manifiesto la dicotomía médico y escritor es el de William Carlos Williams. Es este un caso curioso, parecido al de Pío Baroja, en el que el médico queda devorado por el escritor que lleva dentro, aunque ocurrió de una forma diferente. Lo de Baroja fue una renuncia, lo de Williams podría ser llamado una *literaturofagia* en la que el escritor engulló al médico.

Ginecólogo de profesión, Williams escribió poemas y relatos cortos llegando a ser reconocido en 1947 con la denominada Cátedra de Poesía de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos. Su obra más conocida, *Paterson*, ciudad del Condado de New Jersey en el que el autor había nacido, es un largo poema épico en cinco volúmenes, que pretende ser una obra total al estilo de *Paradiso* de Lezama Lima y en el que los críticos ven una clara influencia de James Joyce. En ella se mezclan la poesía de verso libre, la prosa, cartas personales, entrevistas, incluso cuñas de publicidad. Un auténtico collage innovador y vanguardista.

La influencia del ejercicio de la profesión médica en la obra literaria, queda patente en dos cuentos de Williams, uno titulado *La chica con acné* y otro, *El uso de la fuerza*, en los que la humanidad de sus personajes, dos jovencitas adolescentes, es capaz de mover la sensibilidad del médico que queda cautivado por la sencillez y

ternura de sus pacientes. Son dos relatos entrañables en los que la humanidad dirige en todo momento al mero acto profesional.

Su amistad con Ezra Pound le granjeó numerosos enemigos que a causa de ello le relacionaron con ideas fascistas. El desencanto y la cada vez más intensa labor literaria fueron poco a poco limitando su actividad médica, quedando finalmente su consulta en manos de su hija tras sufrir un ictus. Su reconocimiento posterior le hizo recibir el Premio Nacional de Poesía en 1949, Premio Pulitzer de Poesía en 1963 y ser nombrado miembro de la Academy of American Poets.

Anton Chéjov, encarna para mí a la persona que más se adapta a la figura del denominado médico-escritor. Nunca dejó de ejercer la Medicina ni de sentirse médico en activo. Ante las propuestas de su editor para el abandono del ejercicio médico y dedicarse exclusivamente a la Literatura, respondió de una forma clara y contundente: “La Medicina es mi mujer legal, la Literatura mi amante”.

Chéjov fue un médico considerado un buen profesional, que tuvo que asumir los inconvenientes de moverse entre dos mundos aparentemente dispares, la ciencia y la literatura, que le consideraban un personaje un tanto atípico. Para su tesis doctoral, igual que le ocurrió a Baroja, eligió un tema inequívocamente humano. Diseñó un estudio médico-social de la población reclusa aislada en el extremo oriental de Siberia. Tres meses tardó Chéjov en llegar a su destino, la isla de Sajalin, en la que habitaban presos de todo tipo, fundamentalmente políticos. Un lugar incomunicado del que era imposible escapar a pie, por cuanto el deshielo no permitía llegar a tiempo a tierra firme.

La llegada de Chéjov a Sajalin, me recuerda la de Marañón a Las Hurdes. El Dr. Chéjov, anotó en fichas las enfermedades endémicas y carenciales presentes en los reclusos, denunció sus insalubres condiciones higiénicas y la forma de vida infrahumana a la que estaban sometidos. Al médico que iba a recopilar datos científicos y epidemiológicos, le surgió la beta literaria y fue mucho más allá de lo que fielmente recogían sus meticulosas fichas o historias clínicas. De la tesis doctoral salió una especie de novela realista, *La isla de Sajalin*.

De vuelta a Moscú, sintió el rechazo que muchos médicos escritores han sufrido por ambas partes: de los literatos y de los

científicos. Para los profesores de la Facultad de Medicina, su tesis era una pieza literaria; para los escritores era una obra excesivamente prosaica y científica. Para escarnio de ambos, Chèjov es un clásico de la Historia de la Literatura y las condiciones de los presos de Sajalin mejoraron de forma ostensible tras las denuncias formuladas en su tesis por Chèjov. El dilema surgido con su tesis confirmó la frase que el propio Chèjov había transmitido a Alexéi Suvorin, su editor, antes de partir para Siberia: “En nuestra patria hay una grandísima pobreza de hechos y una gran riqueza de razonamientos de todo tipo”.

Un caso parecido le ocurrió al médico y novelista italiano Carlo Levi. Nacido en Turín en 1902, estudia Medicina en su ciudad natal al tiempo que escribe, pinta y desarrolla una intensa actividad política, siendo encarcelado en varias ocasiones por los gobiernos de Mussolini. Judío y antifascista, fue uno de los fundadores del partido denominado Justicia y Libertad, siendo desterrado en 1935 a Lucania. Allí toma conciencia directa de las notorias diferencias sociales existentes entre el rico norte de Italia y el pobre sur. Aunque en principio su papel en el pequeño pueblo de su destierro no era como médico, inmediatamente fue requerido para ejercer como tal por los propios habitantes de la zona que veían en él la ayuda para sus problemas de salud, ante la indiferencia y la excesiva distancia de los que eran los médicos titulares.

Al igual que le sucedió a Chéjov en la isla de Sajalin, Carlo Levi queda impresionado por el atraso social y la presencia de enfermedades curables que no se solucionaban por falta de asistencia. Termina siendo el médico demandado por los campesinos de los pueblos cercanos y fruto de ello es la novela autobiográfica que le haría pasar a la Historia de la Literatura italiana del siglo XX: *Cristo se detuvo en Éboli*. Su reticencia a ejercer como médico, se justifica en el relato: “sobre todo los primeros días, como les sucede a los principiantes, sentía grandes preocupaciones por la muerte de mis enfermos y por la fastidiosa conciencia de mi poquedad. —Más adelante, escribe— que por fortuna, podía valerme de una suficiente preparación académica, pero me faltaba la práctica, los medios de investigación y el tratamiento. Vivía —finaliza escribiendo— en una situación de angustia permanente”.

Levi lamenta las diferencias sociales que ponen a la vista las deficiencias de la atención sanitaria a las regiones olvidadas del sur de Italia, en comparación con el opulento norte del país. “Allí abajo –escribe– todas las enfermedades cobraban un aspecto excesivo y mortal, muy diferente de lo que estaba acostumbrado a ver en las camas bien alineadas de la Clínica Universitaria de Turín”. El Estado nunca entraba en el sur y si lo hacía, como expresaban los mismos campesinos, era para recaudar impuestos. El propio Carlo Levi, se expresa en los mismos términos, cuando pone en boca de un personaje de su novela, que no es otro que él mismo, las siguientes palabras: “El Estado es Roma; y Roma no quiere que vivamos como cristianos. Existen el granizo, los desprendimientos, la sequía, el paludismo y el Estado. Son males inevitables, han existido siempre y existirán”.

El ejercicio de la Medicina supone una fuente inagotable de inspiración para quien se sienta llamado a escribir. Si afirmaba García Márquez que para buscar un argumento literario bastaba con mirar alrededor, el médico tiene la oportunidad de contactar con infinidad de personas que se lo pueden facilitar, personas que además están situadas en unas condiciones especiales de fragilidad. El padecimiento de la enfermedad en sí, al que se añaden las condiciones socio-familiares, coloca al paciente en una situación especial de sufrimiento y aceptación que le hace experimentar lo más amargo de la vida. El dolor, la frustración, la impotencia o las carencias económicas son agravantes que complican aún más la ya de por sí confusa duda existencial.

Son muchos los médicos, ilustres ágrafos, como diría don Ramón Carande, que han sido mártires anónimos en una época en la que no existía una asistencia generalizada y gratuita, que ejercieron su profesión como si fuese un apostolado. He conocido médicos que al doblar la receta para dársela al paciente, incluían en ella un billete para la compra de las medicinas.

El médico es testigo con frecuencia de la situación socio-sanitaria en la que vive el paciente y, como en más de una ocasión ha quedado reflejado, el primer diagnóstico es el de una enfermedad fácilmente curable: el hambre. La cercanía al dolor, la respuesta ante la enfermedad, y no olvidemos los miedos, las pasiones, las frustraciones. De todo ello el médico es participante

de primera mano y debe entender y asumir problemas, mostrando permanentemente su compromiso y su humanidad.

Miguel Torga, para mí el mejor novelista portugués del pasado siglo, era médico especialista en Otorrinolaringología y ejerció hasta su muerte en la ciudad de Coimbra. Sus *Cuentos de la montaña*, su obra autobiográfica *La creación del mundo* y sus *Diarios*, son una muestra de cuanto venimos diciendo. Especialmente en estos últimos, se recogen numerosas situaciones reales de su consulta que le dan continuamente datos para servir de argumento literario.

Sus años finales le hicieron ver, como paciente de cáncer, la relación médico-paciente desde ese otro lado de la mesa, el del enfermo, que nunca debe perder de vista el médico. El paciente tiende a mitificar al médico y él mismo recoge en sus diarios que cuando acudía a su pequeña aldea natal de Tras os Montes, comprobaba con la veneración y admiración que le trataban sus paisanos. “Me valoran y piden ayuda para sus males como si yo fuese un dios, y no se dan cuenta de que yo soy uno más, uno de ellos, un simple ser humano”, escribe.

Torga fue uno de los fundadores, junto a Pessoa del grupo *Presença*. Gran defensor del iberismo, Adolfo Correia da Rocha, que era su auténtico nombre, tomó el seudónimo de Miguel Torga por su admiración por Cervantes y Unamuno, titulando *Poemas ibéricos* su último poemario. Fue igualmente un autor comprometido con las desigualdades sociales, como dejó constancia en su novela *Vindimia*, en la que denuncia las duras condiciones de trabajo de los jornaleros de las viñas de Oporto, en una obra que podríamos incluir dentro del denominado realismo-social. Al igual que Chèjov, el Dr. Correia da Rocha, nunca dejó de ejercer la Medicina. Solo la enfermedad pudo hacer que dejara de asistir en tranvía a su consulta de Coimbra, cumplidos ya los ochenta años.

Un caso especialmente llamativo es el de Sir Athur Conan Doyle. El famoso autor de novelas históricas y creador de Sherlock Holmes, era médico especialista en Oftalmología. Afirmando rotundamente, que si Doyle no hubiese sido médico, nunca hubiese existido Sherlock Holmes. No fue Doyle un destacado profesional; su consulta de Oftalmología sita cerca del Museo

Británico, al parecer, nunca tuvo una gran afluencia de pacientes. Probablemente, riesgo éste que suele ocurrir cuando se goza más con la devoción que con la profesión, su mente estaba más pendiente de escribir novelas de viaje e históricas que de atender correctamente a sus pacientes. En su caso podría aplicarse la idea que cité al principio, publicada por Juan Ramón Jiménez.

El éxito de los relatos de Sherlock Holmes le sobrepasó. Lo que en principio no era más que un divertimento, acabó siendo un martirio para Doyle. Podríamos decir que el personaje se comió al autor, que le cogió tanta manía que intentó matarlo despeñándolo por una cascada de Suiza, pero ni así fue capaz de liberarse de él. Se puede afirmar que Holmes eclipsó a Doyle.

Holmes actúa como actuamos los médicos, no en vano el autor se vale de su ayudante como si fuese el autor de los relatos. El Dr. Watson podría considerarse como un heterónimo como los de Fernando Pessoa. El denominado método deductivo que tanto se alaba en la resolución de sus casos, así como el apoyo en los métodos científicos, no es más que una traslación del acto médico al mundo detectivesco. Doyle es un precursor de la denominada policía científica y utiliza las huellas dactilares cuando aún Scotland Yard no las tenía en cuenta. A modo de curiosidad, los dermatólogos han valorado desde hace tiempo el estudio de las huellas dactilares en ciertas enfermedades, incluso se leyó hace unas décadas una tesis doctoral en la Universidad de Sevilla sobre los denominados dermatoglifos en el psoriasis.

La fisonomía que describe Doyle de Sherlock Holmes, corresponde a la de un profesor suyo en la Facultad de Medicina de Edimburgo, el profesor Joseph Bell, que Doyle define como “alto, delgado, fibroso, de brazos y piernas largos, ojos grises de mirada directa y profunda, que caminaba de una forma peculiar dando saltitos”. Especialmente habilidoso a la hora de diagnosticar gustaba de adivinar ciertas circunstancias personales en la vida cotidiana de los pacientes que dejaban admirados a sus alumnos. De la consulta del Dr. Hoare en un barrio marginal de Birmingham, con quien estuvo Doyle un tiempo trabajando como ayudante, extrajo numerosos personajes entre delincuentes y mendigos que se verían posteriormente reflejados en sus relatos.

Podríamos decir que el frustrado detective Doyle dio paso al doctor Sherlock Holmes.

Otro caso evidente de influencia del ejercicio médico en la inspiración literaria lo tenemos en el poeta alemán Godfriedd Benn. Dermatólogo como quien les habla, Benn está considerado como el renovador de la poesía alemana en el siglo XX. El potente romanticismo alemán seguía vigente en los gustos poéticos bien entrado el siglo XX, cuando las denominadas vanguardias habían derivado ya a los nuevas formas dictadas por Baudelaire, Rimbaud, Verlaine o Mallarmé.

La poesía germánica se movía entre los márgenes dictados por Goethe, el también médico Shiller, Novalis, Hölderlin, entre otros, dentro de la pura línea del romanticismo, cuando aparece el primer poemario de Benn con poemas como “Morgue” o “La novia del negro”, difícilmente digeribles por los gustos de la época y que suponen una ruptura total y brusca con la estética vigente. En su segundo poemario, *Carne*, que ve la luz en 1917, se habla de cadáveres de niños muertos, de autopsias o de mujeres embarazadas a las que se les desgarran el ombligo. Unos temas que rompen radicalmente con los gustos de la burguesía de la época y que sigue los caminos abiertos en Francia por Baudelaire en *Las flores del mal*. Mientras otros poetas seguían interpretando el mundo desde una óptica romántica, Benn, desde sus años de estudiante de Medicina y médico militar, conoció otro mundo y vivió experiencias que hicieron que calaran en él las ideas de los denominados poetas malditos.

Relacionado en principio con las ideas nazis, de las que Benn renunció y se desligó precozmente al sentirse equivocado, fue perseguido y censurado, llegando a prohibírsele incluso ejercer, no ya como escritor, sino como médico dermatólogo. Entraría no obstante en la Historia de la Literatura alemana ya que, en opinión de su traductor Arturo Parada, “fue el primer poeta alemán que escribía con el lenguaje de su siglo”.

Voy concluyendo. El ejercicio de la Medicina siempre ha sido una buena escuela para la práctica de la Literatura. El escritor médico o el médico escritor, ha dispuesto de un bagaje particular que, necesariamente, tenía que reflejarse en su obra. No se trata de elaborar una larga lista de autores que forman parte de

la Historia de la Literatura que tuviesen además el añadido de ser médicos, sino de ver de qué manera el desempeño de la profesión médica ha servido para inspirar o influenciar temas o formas de expresión puramente literarias.

La lista podría haber sido amplia, pero como digo no se trataba de eso. No he pretendido completar un elenco de médicos que hayan sido escritores o escritores que hayan estudiado Medicina. Su planteamiento no tendría el más mínimo interés. Por no remontarnos demasiado lejos en el tiempo y llegar a los santos Cosme y Damián o al evangelista San Lucas, podríamos haber citado también a los franceses François Rabelais, el autor de *Gargantúa y Pantagruel* y a Louis Ferdinand Céline y su *Viaje al fin de la noche*. A los psicoanalistas Sigmund Freud y Carl Gustav Jung. Al portugués Antonio Lobo Antunes, Premio Camões y varias veces candidato al Nobel. A la egipcia Nawal El Saadawi. A nuestro Luis Martín Santos, autor de la novela *Tiempo de silencio*, que renovó la narrativa española del pasado siglo y a tantos otros médicos que han visto su fuente de inspiración en el ejercicio de una profesión que, nunca se olvide, no tiene otro fin que ayudar y aliviar al ser humano en sus momentos de máxima debilidad, cuando es presa de la enfermedad.

La Medicina nunca será ni deberá ser entendida como una ciencia exacta porque su centro está en ese ser individual e irreplicable que es cada ser humano. Defender la figura del médico humanista amante de las letras y las artes, aquél que se mueve en su ejercicio dentro de la más absoluta filantropía, respetando los cánones de la fraternidad universal, es apoyar al débil como si fuese hermano de una religión igualmente universal que no obedece a otra liturgia que el sentirse al lado del que sufre e intentar ayudarlo apoyándose en medios técnicos y científicos.

En estos tiempos en los que términos como cooperación, integración, igualdad, solidaridad y otros, se banalizan al utilizarse con frecuencia de forma superficial, abusiva y rutinaria, romper una lanza en defensa de la humanización del acto médico es toda una necesidad que no tiene nada de literatura. La atención médica humana y humanitaria no debe ser un argumento que pertenezca al campo de la ficción, sino una crónica real, un objetivo a lograr, carente de toda literatura.